

Lo que aprendimos de este episodio: amar a través de las culturas

Por **Marycarmen Aguirre**, psicoterapeuta y coconductora

El placer de ser mujer, a pesar de lo que nos contaron

Lo que aprendimos de este episodio lo grabamos desde tres continentes, con cuatro mujeres mexicanas que construyeron su vida en pareja con hombres de otros países: Mayra Martínez, desde Chile; Akemi, mitad japonesa y casada con un francés, viviendo en Estados Unidos; Alondra Pérez, diecisiete años casada con un sueco y seis países de por medio; y yo, casada con un chileno, hoy en Estados Unidos. Quiero ordenar aquí, desde la mirada clínica, lo que salió de esa conversación.

Toda pareja ya es intercultural

Antes de hablar de países conviene decir algo básico: cualquier pareja es la unión de dos personas con crianzas distintas, valores distintos y definiciones distintas de lo que significan la familia y el matrimonio. Ese choque existe siempre. Lo que hace la diferencia de nacionalidad es amplificarlo y, sobre todo, hacerlo visible.

Y ojo con la etiqueta «latinos». Mayra y yo llegamos a Chile pensando que era casi México, y nos encontramos con formas de expresarse, de reservarse y de vincularse muy distintas. La cercanía aparente a veces vuelve el choque más difícil, porque no lo esperabas.

El idioma no es el problema principal

Yo suelo abrir el tema por el lenguaje, porque el lenguaje es la expresión del pensamiento y el pensamiento es todo lo que somos. Cuando pensamiento, emoción y palabra no van de la mano, a la otra persona le llegan mensajes confusos y aparece la sensación de «no me está entendiendo».

Pero Akemi hizo una distinción que vale la pena subrayar: una cosa es la capacidad de verbalizar y otra la capacidad de comunicar. Su esposo aprendió español en seis meses, y eso no los volvió automáticamente buenos comunicadores. Saber qué comunicar, cómo hacerlo y cuándo callar es una habilidad aparte, y no viene incluida en el diccionario.

Después están los malentendidos finos. A mí me costaba que mi esposo dijera *weón* en plena discusión, porque en mi código eso era señal de escalada; en el suyo era solo un modismo. Y él insistía en que las cosas «se discuten», mientras yo escuchaba *vamos a pelear*. Dos personas usando la misma palabra para dos cosas distintas: ahí se pierden más conversaciones que en cualquier barrera de idioma.

La diferencia cultural también funciona como amortiguador

Mayra aportó algo que en clínica se ve poco: ser extranjera le dio margen. Lo que en una chilena su esposo habría leído como defecto, en ella lo leyó como «debe ser algo de su cultura», y eso le abrió una ventana de curiosidad en lugar de juicio. Los dos se dieron oportunidades que quizá no se habrían dado siendo del mismo lugar.

Es un mecanismo real: la diferencia atribuida a la cultura despersonaliza el conflicto. La trampa aparece cuando le adjudicamos a la cultura lo que en realidad es personalidad, o al revés. Distinguir entre las dos cosas es parte del trabajo.

Las diferencias no se activan siempre: se activan en las transiciones

Alondra dijo algo que me pareció clínicamente muy preciso: ella no notó las diferencias culturales hasta el divorcio. Fue ahí, peleando cada quien por lo suyo, cuando salieron los valores de fondo.

En mi caso el choque más fuerte llegó al convertirnos en padres. Akemi lo vivió también en la maternidad. Y para varias, migrar fue el detonante. Esto tiene una lectura útil: las diferencias culturales duermen mientras la vida va estable, y despiertan en los momentos de mayor exigencia —parentalidad, migración, ruptura, enfermedad—, justo cuando menos recursos tenemos para procesarlas.

El contexto pesa tanto como la pareja

Aquí hay algo que rara vez se dice. Mayra tuvo la fortuna de que en Chile a los mexicanos se les quiere; eso le permitió sentirse cada vez más cómoda con su identidad de migrante, hasta volverla, en sus palabras, un superpoder. Alondra y su esposo fueron celebrados en Canadá. Yo llegué a Estados Unidos en un momento histórico en el que ser mexicana pesaba de otra manera, y mi esposo, que idealizaba este país, no entendía por qué yo llegaba con las defensas arriba. Tardó en verlo: en el mismo lugar, a

él y a mí nos hablaban distinto.

No todo depende de la buena voluntad de la pareja. Depende también de cómo te recibe el lugar al que llegas, y esa energía no es infinita. Cuando el contexto es adverso, te cansas.

El desbalance de poder que nadie planeó

Cuando una de las dos personas no puede trabajar por su situación migratoria, aparece una asimetría que muchas veces nadie eligió y de la que nadie está abusando. Yo no sentí que mi esposo tomara esa posición; la tomé yo, sola, durante los primeros años, con un temor de fondo muy concreto: si esto se acaba, quedo sin nada.

Y encima llega la carga cultural: *soy una mantenida*. Esa frase no es una descripción, es un mandato aprendido —en México la posición económica define estatus— y opera en automático. Akemi tuvo que hacer el camino interno de reconocer que ese dinero también lo ganó ella, porque sin lo que ella sostenía, su esposo no podría estar haciendo lo que hace. Ese trabajo hay que hacerlo una y otra vez, porque el mandato regresa.

Aceptar no es resignarse, y la autonomía se ve de muchas formas

Aceptar la realidad no es doblar las manitas ni decir «es la cruz que me tocó». Aceptar es un proceso de adaptación que te permite avanzar; si no aceptas, te quedas pegada, sufriendo, reclamando o culpándote. Y hay pérdidas reales en toda adaptación: cosas tuyas que se quedan en el camino y de las que a veces te enteras años después. Ahí hace falta autocompasión, no autorreproche.

La autonomía tampoco es solo trabajar. Es decidir cómo uso mis mañanas, a quién elijo como red de apoyo, cuándo digo que quiero moverme. Mayra lo dijo bien: la mujer migrante a veces se conforma porque cree que eso es lo que le tocó, cuando en realidad puede pedir el cambio. Esas conversaciones son incómodas y también valientes.

Lo último, y aplica a cualquier pareja, multicultural o no: no cobrar las propias decisiones. Nadie nos secuestró. Elegimos. Y lo que no se pone sobre la mesa —lo que deseas, lo que necesitas, lo que te dolió— no se resuelve solo.

Escucha el episodio completo — *Amor Sin Fronteras: Reflexiones sobre Parejas Multiculturales y la Belleza de la Diversidad Cultural*: buzzsprout.com/1840939/episodes/14962314-amor-sin-fronteras